

por lo tanto quiero advertirle que estoy comprometido en una partida que no han de mudar las palabras.

Blandois, colocado ante Juan Bautista, y comprendiendo que ya se conocía su historia, dejó caer la máscara, harto transparente, que había llevado hasta entonces, y dejóse ver tal como era, sin tratar ya de ocultar su perfidia.

—Sí, amigo mío—añadió castañeteando los dedos,—jugaré mi partida hasta el fin, á pesar de todas las palabras del mundo y... ¡rayo del cielo! quiero ganarla. Al parecer tiene usted mucho empeño en que le explique la causa de mi conducta, y para satisfacer su curiosidad le diré que todo se reduce á una sencilla jugarreta. Yo tenía, y tengo aun, cierta mercancía que vender á su señora madre; le expliqué qué clase de mercancía era y puse precio; pero esa admirable señora se mostró un poco indiferente é impasible, acabando por irritarme; y para distraerme con algo... nada de extraño tiene que un caballero se divierta á expensas de los demás... tuve la feliz ocurrencia de desaparecer. La madre de usted, con su carácter enérgico, y mi querido Flintwinch con su astucia, hubieran querido seguramente hacer lo mismo... ¡Bah, bah!... no me mire usted de arriba abajo; le aseguro á usted que de buena gana me hubieran imitado.

Así diciendo, Blandois arrojó el vino que había quedado en el fondo de su vaso, y fijando su mirada en Cavalletto exclamó:

—¡Yo no quiero servirme á mí mismo; no he nacido para esto; ven aquí, animal!

El italiano miró á Clennam, que tenía la vista fija en Blandois, y como no recibiera contraorden, apresuróse á llenar el vaso de su antiguo camarada, pero con una sonrisa irónica que disimulaba mal su reprimida cólera.

—No puedo menos de regocijarme—prosiguió Blandois,—de haber tenido tan feliz idea, pues además de divertirme, he ocasionado un disgusto á su señora mamá y á mi querido Flintwinch, sin contar que he infundido en el ánimo de cuantos me conocen la convicción de que soy un hombre temible. La comedia no ha continuado porque usted ha venido á interrumpirla; y ahora sólo me falta preguntarle qué necesita de mí.

Nunca había sentido Arturo su prisión tanto como entonces, pues teniendo la oportunidad de ir con aquel hombre á casa de su madre para aclarar de una vez todos los misterios

y conjurar los peligros que le amenazaban, véase atado de pies y manos sin poder moverse de allí.

—Querido filósofo, amigo de la virtud, imbécil—añadió Blandois,—tal vez hubiera usted hecho mejor en dejarme en paz.

—No—repuso Clennam,—pues al menos se sabrá que vive usted, y que no le ha sucedido nada, como pueden probarlo esos dos testigos cuando le conduzcan ante un tribunal.

—Pues á mí no me conducirán á ninguna parte—replicó Blandois con ademán de triunfo.—¡Vayan al diablo los testigos, el tribunal, usted y sus amigos también! ¡Yo sé lo que sé, y adviértole que no es despreciable la mercancía que tengo para vender! ¡Bah, bah! usted no es más que un pobre deudor; cierto que ha entorpecido mis proyectos; pero ¿qué resultará de todo ello? Nada para usted; todo para mí. Usted quiere que me presente en público ¿eh?... ¡Pues bien! me presentaré, y tal vez más pronto de lo que se desea. ¡Oye tú, contrabandista, dame una pluma, papel y tintero, y anda listo!

Juan Bautista entregó los objetos que se le pedían, y entonces Blandois, sonriendo con siniestra expresión, escribió rápidamente algunas líneas, las cuales leyó en voz alta cuando hubo concluido:

«A la señora Clennam.

»(Se espera la contestación.)

»Prisión de la Mariscalía, habitación de su señor hijo.

»Mi apreciable señora: he sabido hoy con gran sentimiento, por conducto de su hijo, que ha tenido á bien hacerme espiar (no siéndole á él posible á causa de hallarse en este retiro por causas políticas,) que había usted temblado por mi vida.

»Tranquilícese usted, señora; estoy sano y bueno, sin que me haya ocurrido la menor novedad.

»Ardo en deseos de ir á ver á usted; pero temo que, atendidas las circunstancias, no esté usted resuelta aun á escuchar favorablemente la proposición que ya he tenido el gusto de hacer. Me presentaré, pues, en casa de usted de aquí á

ocho días, para que usted acepte ó rechace mis condiciones con todas sus consecuencias.

»Resisto á mi impaciencia por ir á estrechar á usted entre mis brazos y terminar este interesante negocio, pues así podrá usted adoptar sus medidas libremente, á su satisfacción y á la mía.

»Entre tanto, supongo no llevará á mal, ya que nuestro prisionero me ha hecho salir de mi domicilio, que cuente con usted para pagar los gastos de mi permanencia en un hotel.

»Reciba usted, apreciable señora, la seguridad de mi más distinguida consideración.

»RIGAUD BLANDOIS.

»P. S. Mis afectos al amigo Flintwinch; beso las manos á su esposa.»

Cuando hubo leído esta carta, Blandois la arrojó con aire fanfarrón á los pies de Arturo, exclamando:

—¡Hola! ¡venga aquí alguno para llevar esta carta á su destino y traerme la contestación!

—Cavalletto—dijo Arturo,—¿quiere usted llevar la carta de este hombre?

El italiano hizo con el índice una señal negativa, indicando que su deber era vigilar á Rigaud; y como Pancks se encargara de esta nueva comisión, Cavalletto entreabrió la puerta para dejarle salir, volviendo á cerrarla inmediatamente.

—Si se levanta un solo dedo contra mí—dijo Blandois,—si se me dirige el menor epíteto, ó se pone en duda mi superioridad mientras apuro tranquilamente mi botella, torço el camino de mi carta y anulo la prórroga de ocho días que he concedido. ¡Ah! usted quería verme, señor mío... ¿Qué tal le parezco?

—Cuando yo dí la orden de buscar á usted, aun no estaba en la prisión.

—¡Vaya usted al diablo con su prisión!—exclamó Blandois, encendiendo un cigarrillo de papel;—tanto me burlo del uno como de la otra... ¡Contrabandista, dame fuego!

Juan Bautista se levantó de nuevo para dar lo que se le pedía.

Había algo de terrible en la destreza silenciosa de las blancas manos del fumador, cuyos dedos se agitaban de continuo con singular ligereza: Clennam no pudo menos de es-

tremecerse interiormente, cual si estuviera viendo un nido de reptiles.

—Escucha tú, animal—añadió Blandois con tono descompuerto,—¿no te parece que la antigua prisión de Marsella era muy respetable, comparada con esta cárcel? Allí había por lo menos cierto aire de decencia hasta en los barrotes y las baldosas; aquella prisión era digna de un hombre; pero esto... ¡bah!... ¡no es más que un hospital de imbéciles!

Blandois encendió otro cigarrillo en la punta del que acababa de fumar, y volviéndose hacia Clennam añadió:

—Mientras esté fuera ese loco que ha ido á llevar la carta, preciso será charlar un poco para pasar el tiempo, pues no se ha de beber vino á todas horas. ¿Sabe usted que *la dama* es hermosa? Le felicito por su buen gusto.

—No sé de quién habla usted, ni me importa tampoco.

—De *la bella Gowana*, caballero, como decimos en Italia, de la hermosa Gowan.

—Creo que era usted de la servidumbre de su esposo.

—¡Cómo, caballero! es usted un insolente; sepa que me honra con su amistad.

—¿Tiene usted costumbre de vender á sus amigos?

Blandois dejó de fumar para mirar á Clennam con aire de asombro, pero reponiéndose al punto contestó con la mayor sangre fría:

—Yo vendo todo lo que se compra. ¿Cómo viven aquí los abogados, los políticos, los intrigantes, la gente de bolsa, y aun usted mismo? ¿Por qué se halla usted aquí? ¿No ha vendido á ninguno de sus amigos? ¡Pardiez, yo creo saber que sí!

Clennam volvió la cabeza hacia la ventana para mirar la pared de enfrente.

—El hecho es—continuó Blandois,—que la sociedad se vende á sí misma; me ha vendido á mí, y yo le pago en la misma moneda. Dígalo sino cierta amiga mía, que usted conoce también, y por cierto hermosa dama, de carácter bastante enérgico. Veamos cuál es su nombre... ¡ah! ya me acuerdo... se llama Wade.

Arturo no contestó, pero Blandois pudo reconocer que el nombre había producido cierta impresión en su interlocutor.

—Si—prosiguió,—esa bella joven de carácter varonil se acercó á mí en la calle, y naturalmente, esto me lisonjeó; con la mayor franqueza me confesó que necesitaba satisfacer una curiosidad y que tenía penas; díjome luego que sin duda

yo no sería más digno que la generalidad de los hombres, á lo cual contesté que yo era un caballero, aunque no más honrado que la mayor parte de mis semejantes; y al fin, después de cruzar algunas palabras más, la hermosa dama me hace una proposición. Díceme que ha observado que yo tenía intimidad con los Gowan; que en su concepto yo soy el gato favorito de la casa, el amigo de la familia; que su curiosidad y sus pesares le inspiran el deseo de conocer el género de vida de los jóvenes esposos; añade que no es rica, pero que me dará una pequeña recompensa por los informes que pueda facilitar. Yo, con esa galantería propia de mi carácter, y con todo mi gracejo... pues yo no puedo hacer nada sin gracia... consiento en aceptar la recompensa... ¿Qué quiere usted? Así va el mundo; esta es la moda.

Clennam continuó impasible, sin despegar los labios.

—En cuanto á la bella Gowana—continuó Blandois,—mejor hubiera sido que se abstuviera de escribir cartitas á sus antiguos enamorados cuando estaba en la montaña. Eso estuvo muy mal hecho. ¡Imprudencias de niña!

—Bien quisiera que Pancks hubiese vuelto ya—dijo Clennam en voz alta,—pues la sola presencia de este hombre basta para manchar la habitación.

—Es posible—replicó Blandois;—pero, lo mismo que en todas partes, yo soy quien triunfa. ¡Ya estoy acostumbrado á ello!

Y tendiéndose cuan largo era en las tres únicas sillas que había en la habitación, además de la de Arturo, comenzó á cantar una copla.

Al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, resonaron en la escalera los pasos de Pancks, pero éste no volvía solo; cuando Cavalletto abrió la puerta, penetraron en la estancia, no sólo el agente, sino también Jeremías Flintwinch; y apenas se dejó ver este último, precipitose Blandois á su encuentro y estrechóle entre sus brazos ruidosamente.

—¿Cómo está usted, caballero?—preguntó Flintwinch después de desprenderse de su interlocutor, lo cual no pudo hacer sin alguna violencia.

Y sin esperar contestación añadió:

—¿Qué tal, Arturo? ¿Se acuerda usted de lo que le dije del gato que duerme y del que se oculta? Ya ve usted que tenía razón.

Y dirigiendo una mirada á su alrededor, añadió:

—¡He aquí la famosa prisión por deudas! ¡Ah! Arturo,

hubiera usted podido encontrar mejor mercado para vender sus mercancías.

Si Clennam tenía mucha paciencia, Blandois carecía de ella; y así es que cogiendo las puntas del cuello de la casaca de Flintwinch, comenzó á sacudir al viejecillo con alegría feroz, exclamando:

—¡El diablo te lleve con tu mercado y tus mercancías! ¡Venga pronto la contestación á mi carta!

—Si tiene la bondad de soltarme un momento—replicó Jeremías,—comenzaré por dar al señor Arturo un recadito que traigo para él.

Al decir esto, Flintwinch alargó á Clennam un papelito en que la señora Clennam había escrito lo siguiente:

«Creo que te bastará haberte arruinado y que esta no es una razón para que arruines á los demás. Jeremías Flintwinch es mi mensajero y representante. Tu afectísima M. C.»

Arturo leyó dos veces estas líneas sin pronunciar palabra, y luego hizo pedazos el papel.

Mientras leía, Blandois, saltando á un sillón, habíase sentado sobre la cómoda, y gritó apenas Clennam hubo roto el papel:

—¡Vamos, hermoso Flintwinch! ¿Dónde está la contestación á mi carta?

—La señora Clennam no le ha escrito á usted—contestó Jeremías,—porque ha creído que lo mismo será una respuesta verbal... Me ha dado expresiones para usted, y dice que al fin y al cabo, no hallando muy exigente su petición, la acepta, sin perjuicio de la entrevista que deben ustedes celebrar de aquí á ocho días.

Blandois, soltando la carcajada, bajó presuroso de la cómoda y dijo con aire socarrón:

—¡Bueno, voy á buscar un hotel!... y tú, animal—añadió fijando su mirada en Cavalletto,—ya que me has seguido antes contra mi voluntad, sígueme ahora por la mía. ¡Cuando les digo á ustedes, pequeños reptiles, que he nacido para que me sirvan! Ahora exijo que este contrabandista sea mi criado durante ocho días.

Cavalletto interrogó con la mirada á Clennam, que le hizo una señal afirmativa, aunque añadiendo:

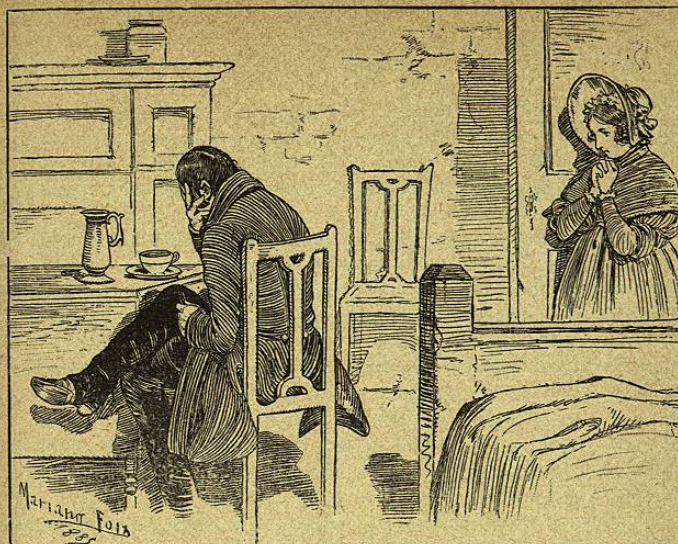
—A menos, sin embargo, que no tenga usted miedo de él.

—No, señor—replicó el italiano, haciendo un ademán energicamente negativo,—no le temo ya desde que he declarado que le tuve algunos días por compañero.

—¡Bah!—repuso Rigaud, después de encender otro cigarro, —¡todos me teméis, muñecos míos, infelices criaturas! Me habéis servido una botella de buena calidad; vais á pagarme el alojamiento y la comida; y ninguno se atreve á levantar un dedo sobre mí ni á dirigirme un epíteto mal sonante. ¡Ah! es propio de mi carácter triunfar por donde vaya.

Flintwinch, después de rascarse la barba, mirando otra vez á su alrededor, saludó ligeramente á Clennam y retiróse, seguido muy pronto de Pancks, que escuchó antes con mucha atención algunas recomendaciones de Arturo, asegurándole en voz baja que no perdería de vista el asunto.

El preso volvió á quedar solo, más triste, más abatido, más impotente y desesperado que nunca.



## CAPITULO XXIX

## Lucha de generosidad en la Mariscalía

Las inquietudes y los remordimientos son tristes compañeros de prisión; pasar el día reflexionando sobre sus penas y las noches sin dormir es un mal medio de abroquelarse contra la desgracia. La mañana siguiente Clennam reconoció que la salud le abandonaba tan rápidamente como le abandonara antes el valor; y que el peso, bajo el cual sólo se encorvaba antes, le agobiaba ya completamente.

Diariamente, á eso de la media noche, habíase levantado de su lecho para ir á sentarse junto á la ventana y mirar la melancólica luz de los faroles que alumbraban el patio, ó bien contemplar el primer albor del próximo día; pero ahora, cuando llegaba la noche, repugnábale acostarse.

Arturo era víctima de una agitación inquieta y febril; su permanencia en la cárcel ocasionábale impaciencia y angustia; la convicción de que moriría allí le producía un sufrimiento indecible; y tal era el horror y el disgusto que la prisión le causaba, que ni aún podía respirar con facilidad. Esta sensación de asfixia era tan marcada algunas veces, que Arturo